

“MENSAJE SIN DESTINO Y OTROS ENSAYOS”. — MARIO BRICEÑO IRAGORRY. — Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1988, pp. 574.

Por DAVID RUIZ CHATAING

Mario Briceño Iragorry (1897-1958), Caballero de la Pluma, tomó la *voz antigua de la tierra* para avivar y engrandecer su legado. Con estilo clásico, preciosista —para Domingo Miliani un poco arcaizante—, y desde una perspectiva humanista, reflexionó sobre nuestro devenir en la historia y nuestro lugar en el mundo. Según otro hombre bueno, el presbítero Pedro Pablo Barnola, mostró una entereza probada en el dolor. Su modestia frisaba con el autoflagelarse. Sólo reconocía para sí, el exigente doctorado en nubes y estrellas, obtenido en horas solitarias de tristeza, meditación y compromiso.

En esta antología de la Biblioteca Ayacucho abrevamos su ideario de vocación moralizante, cristiana, democrática, patriótica y anti-imperialista. El último tópico mencionado es, a nuestro parecer, uno de los más importantes en su pensamiento y obra. Denota claras influencias del arielismo de José Enrique Rodó y del anti-imperialismo de Manuel Ugarte. Sus ideas se equiparan con la de latinoamericanistas de la talla de José Martí, Rufino Blanco Fombona y Gabriela Mistral.

Entre los componentes esenciales de la ideología imperialista —contra la cual rompe lanzas Mario Briceño Iragorry— está el hacernos abandonar nuestra historia. Un revisionismo histórico dirigido por historiadores sajones y algunos pensadores nativos, se impone como meta, desnaturalizar los logros de la colonización hispánica, levantando el mito de la leyenda negra. Tampoco aceptó la leyenda dorada, simplemente se propuso: “...aumentar cuanto sea posible la perspectiva de la patria” (p. 143).

Otra mentira, erigida en verdad histórica, es la de llevar al plano de la igualdad conceptual el panamericanismo y el bolivarismo. Bolívar concebía la unión de la *América antes española* y excluía, expresamente a los Estados Unidos de dicho pacto federativo; la zorra y las gallinas no pueden sentarse en la misma mesa (pp. 146-147). El Panamericanismo significaba la tan codiciada hegemonía continental de Norteamérica sobre los países hispanos.

Bajo muchos pretextos: unidad americana, defensa del mundo occidental, anti-comunismo, etc., los Estados Unidos se engrandecen a costa nuestra y las sociedades hispanoamericanas devienen —por la magia del interamericanismo— en meras intermediarias entre el hegemon y los recursos de sus territorios. Se nos quiere mantener —sostiene Briceño Iragorry— como simples exportadores de materias primas (p. 296).

Su conciencia vigilante lo obliga a denunciar, como entreguista, el Tratado Comercial de Venezuela con los Estados Unidos firmado en 1952 y suscrito bajo la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Repudió el envío de latinoamericanos a la guerra de Corea y acusó de anti-nacional a la Décima Conferencia Panamericana,

celebrada en Caracas en 1954, pues con ella se pretendía "...atar definitivamente los intereses de los pueblos latinoamericanos a la voraz política del imperialismo" (p. 298).

Si la América del Norte no rectifica su política de lucrar en nuestros países, sin contraparte o beneficio local; si insiste en apoyar dictaduras y en permanecer en su actitud de soberbio imperio, correrá la misma suerte de la metrópoli española en 1810: "Habrá lucha total" (p. 356).

No se limita a adjudicarle nuestra postración a puros factores externos: la patología de lo nuevo, el afán de lo superfluo que padecemos, el entreguismo y la falta de iniciativa de las élites político-económicas dominantes, también contribuyen a nuestro molestar. Dirigió duras palabras a esos aliados de los invasores foráneos, a los que llamó *pitiyanquis*: "Pitiyanqui resulta algo así como yanquicito, yanquito, yancuelo. Algo que pretende ser un yanqui, pero no llega jamás a serlo" (*Aviso a los Navegantes*, p. 46).

Aunque habló con claridad, hubo quienes lo atacaran: los defensores de "lo universal", de un cosmopolitismo a ultranza, los cuales no entran en cuenta de que "...el nacionalismo, no es categoría opuesta al internacionalismo, sino al imperialismo" (p. XVII). Su nacionalismo, de raíces cristianas, hispánicas y asentado en el hondón perdurable y valedero de nuestra propia tradición venezolana, concebía la lucha entre Estados Unidos y América Latina como continuidad, en el nuevo mundo, de la pugna universal entre el espíritu sajón y la cultura española (p. 458).

Contra el "...esquema egoísta de la política de Washington", propone la unidad de los pueblos indolatinos, hermanados en histórica perseverancia con el espíritu de lucha y fraternidad de los próceres de la independencia, para defender —con la propuesta bolivariana como norte— su cultura, su lengua y su nacionalidad (pp. 354-355, 382).

Este mensaje nacionalista ha sido relegado al olvido, lo cual como lo dice Don Pedro Beroes, hace pertenecer a Mario Briceño Iragorry: "... a la egregia estirpe de venezolanos que han arado en el mar..."

LA DIMENSION ETICO-MORAL EN MARIO BRICEÑO IRAGORRY

Por DAVID RUIZ CHATAING

"La Historia viene a darnos la respuesta de nuestra propia existencia y nos explica el ritmo de nuestra vida presente. Sin conocer los hechos pasados, no podemos valorar nuestro propio momento. Por ello, más que disciplina científica y literaria, la historia es una disciplina moral. Señala el tono de nuestra vida actual". Mario Briceño Iragorry, *Introducción y Defensa de Nuestra Historia*, p. 139.